



Las quince rosas á la Virgen Santísima

DE LA CONSOLACIÓN

Reina de Consolación,
alegría y gozo nuestro,
dadnos gracia y perfección
para que con devoción
declare el rosario vuestro.

En vuestro rosario santo
florecieron quince rosas,
las cinco fueron gozosas,
las cinco de penas llanto,
las otras cinco gloriosas.

La primera fué gozosa,
fué cuando el Verbo encarnó,
y la otra segunda rosa
fué cuando Isabel gloriosa
dentro de su casa os vió.

La tercera que en Belén
estando Virgen pariste,
y la cuarta que también
en el templo le ofreciste
á Jesús el sumo bien.

La quinta que entre doctores
le hallásteis al tercer día,
y se acabaron las flores
que os dieron más alegría
y entraron las de dolores.

En la primera, sudó
el Señor sangre en el huerto,
y en la segunda sufrió
azotes su santo cuerpo
y su sangre derramó.

En la tercera, sufrió
ser de espinas coronado,
y en la cuarta condenó
Pilatos á Cristo, y mandó
que fuese crucificado.

La quinta, que fué por nos
á Cristo en la cruz clavarón,
y aquí las cinco acabaron,
y por daros gusto á vos
las cinco de gloria entraron.

La primera fué aquel día
que Cristo resucitó,
y en la segunda subió
al cielo con alegría
y á la diestra se sentó.

En la tercera dejó
su santo espíritu al suelo,
y en la cuarta os colocó
Dios en los reinos del cielo,
y en la quinta os coronó.

A Domingo apareciste,
y con notable contento
el rosario le trajiste,
y las rosas le dejaron
del modo que te las cuento.

Diciendo: Domingo amado,
sólo por darte bajé
este rosario sagrado
de quince rosas cercado
que son las que te conté.

Les dirás que cada día
merecen de buena gana,
y si siempre no podían
tres veces á la semana
merecen con alegría.

Quien devoción le tuviere
á mi rosario sagrado
todo el tiempo que viviere,
y en la hora que muriere
le tendré á mi diestro lado.

Libraré del enemigo
su alma cuando espirare,
y á todos estos les digo
que al que mi nombre invocare
mis obras serán testigos.

A mi Hijo sumo bien
rogaré que le perdone,
le suplicaré también
que de gloria le corone
con los Angeles. Amén.



QUINCE MINUTOS EN COMPAÑÍA DE JESÚS SACRAMENTADO

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho, basta que mucho me ames. Háblame, pues, aquí sencillamente como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías a tu madre, a tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, ó bien de tus hermanos ó amigos; dime en seguida qué quisieras hiciese. Yo actualmente por ellos. Pide mucho, mucho, no vaciles en el pedir, me gustan los corazones generosos que llegan á olvidarse en cierto modo de sí propios para atender á las ajenas necesidades. Háblame así, con sencillez, con llaneza de los pobres á quienes ves padecer, de los extraviados que anhelas volver á buen camino, de los amigos ausentes que quisieras volver otra vez á tu lado. Dime por todos una palabra, siquiera, pero palabra de amigos, palabra decidida y fervorosa. Recuerdate que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, y no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por los seres que tu corazón más especialmente ama.

¿Y para ti no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes orgullo, falsa delicadeza, amor á la sen-

sualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente... y pídemelo luego que venga. Yo en ayuda de los esfuerzos, pocos ó muchos, que haces tú para sacudirte de encima tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos. Rogaron con humildad... y poco á poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedir bienes del cuerpo y del entendimiento, salud, ni memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios ó estudios. Todo eso puedo darte, y lo doy, y deseo me lo pidas en cuanto no se opongan, antes favorezca y ayude á tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por tu bien? Si conocieses los deseos que tengo de favorecerle!

¿Tienes ahora mismo entre manos algún proyecto? Cuéntamelo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué puedo hacer por tu hermano, por tu hermana, por tu amigo, por tu superior? ¿Qué desearías tú hacer con ellos?

Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente, y con qué medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale mal tu empresa, te diré yo las causas del mal éxito.

¿No quisieras interesarme algo en tu favor?

Soy, hijo mío, dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

¿Sientes acaso tristeza ó mal humor? Cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te birió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha menospreciado? Acércate á mi corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo; cuéntamelo y acabarás en breve por decirme que á semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías que, por no ser injustificadas, dejan de ser muy desgarradoras? Echate en brazos de mi providencia. Contigo estoy; aquí á tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento quedas en desamparo.

Siempre desvío de parte de persona que antes te quisiera bien, ahora olvidas alejadas en ti sin que les hayas dado el menor motivo. Ruega, ruega por esta tu necesidad. Yo las volveré á tu lado si no han de ser obstáculo á tu santificación.

¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme? Por qué no me haces partícipe de ellas á fe de buen amigo tuyo que soy? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hicistes, ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. ¿Quizá has tenido agradables sorpresas, quizá has visto disipados negros recelos, quizá has recibido funestas noticias,

una carta, una muestra de cariño, ha vencido alguna dificultad, salido de un lance apurado? Obra mía es todo esto, y yo te lo he proporcionado; ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como un hijo á su padre: «¡Gracias, padre mío, gracias!» El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón; á los hombres se engaña fácilmente, á Dios no; hablame pues, con toda lealtad; ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más á aquella ocasión de pecado, de privarte de aquel objeto que te daña; de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación, de no tratar más á aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás á ser dulce y amable y condescendiente con aquella intranquila que por haberte faltado, miraste hasta hoy como enemiga? Ahora bien, hijo mío, vuelve á tus ocupaciones habituales, á tu taller, á tus hombrías, á tu estudio, pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos, aquí y yo en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad, con el prójimo. Ama á mi Madre, que lo está ya también, á la Virgen Santísima... y vuelve otra vez mañana con el corazón más amoroso todavía, más entregado á mi servicio; en el mio encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

FIN

Madrid.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5

Ayuntamiento de Madrid